

LAWRENCE. LA TEORÍA Y LA OBRA

LA obra lawrenciana plantea a la crítica actual un dilema de importancia indudable, en el cual se incuban tal vez, los nuevos rumbos de la creación literaria. Diversos comentaristas señalan a D. H. Lawrence como el vindicador de la literatura inglesa y el más grande de los escritores contemporáneos. Tales apreciaciones, no nos interesan sino en relación con el sentido capital y la extraordinaria penetración de la literatura lawrenciana. El dilema a que aludí ha sido planteado ya, aunque sin responsabilidad crítica, al estudiarse la obra literaria de más de un dramaturgo, y de no pocos novelistas que la estructuraron, casi generalmente, sobre la sugestión de una tesis, de una teoría, o guiados por cierta intuición convertida al fin en pensamiento y fuerza central de la obra, en desmedro de la forma y de ciertas condiciones íntimas superiores, como son el trazado de los caracteres, el dramatismo, etc. La obra ibseniana, tildada de exclusivamente social y biológica, el aporte precioso del teatro y la novela de Pirandello, sin contar la literatura soviética, de unilateral y exaltada ideología, debieron haber impuesto en el plano del análisis desapasionado el tópico inquietante e ineludible, de la *creación literaria frente a la vida*.

En el recuento de la abundante literatura del pasado, es fácil anotar el mayor número a la creación intrascendente, al arte como límpida manifestación del espíritu, destinado a levantar en el alma selecta o en la masa, la emoción, en sus matices sutiles o en sus fuertes tonalidades. La vida era para el arte una fuente plácida y generosa, sana y espléndida, y de ella cogía la suma de substancia necesaria. El clasicismo ni el romanticismo alteraron esta relación entre la obra del espíritu y la vida. Acaso existía el temor de romper las lindes de separación y, en consecuencia, el equilibrio, de que dan fe las obras del pasado; la veneración por las normas fué condición rigurosa de la obra perfecta. Si bien el romanticismo francés dió el grito de guerra—¡oh, padre Hugo!—al romper la tradicional procesión de las imágenes heladas de los clásicos, un equilibrio se mantuvo, el equilibrio de las grandes masas, enriquecido con una savia nueva y un ritmo nuevo y vigoroso.

Poco a poco, a pesar de las andanadas de la crítica, el arte

ha debido desgarrar sus hábitos y colocarse francamente delante del mundo, de este mundo evolutivo, cada vez menos sereno, menos gozoso, menos transparente y luminoso. Los ojos, ciegos de mirar un paisaje muerto hacia siglos, han captado de súbito un escenario humano desconocido, turbio y siniestro. Tras el panorama engañoso el hombre realizaba su obra de violencia, devastadora y tétrica. El instinto y el espíritu se entregaban a una lucha torpe y fratricida y el mísero ser que ayer era una brizna frente al destino, fué luego una molécula perdida en el caos de la nueva vida, roído por todas las violencias y por el veneno de la civilización, que el espíritu le ofrendara para su dicha. El arte no ha podido dejar de ver la nueva realidad, que va más allá del simple juego trágico. Ha debido impregnarse de esta esencia infinita, poblada de posibilidades, terrible en su misterio, que es el alma del hombre. En este naciente ejercicio de análisis implacable, el arte, muchas veces a riesgo de perecer, ha avanzado más de lo necesario sin cuidarse de mantener el "standard" de belleza epidérmica exigido a la obra artística. Semejante transgresión nos hace preguntarnos si el arte debe estar al servicio de la vida o viceversa. Hoy por hoy parece indudable que el arte debe cumplir no sólo su misión emocional y estética, sino que debe desbordar otras influencias de que la humanidad está necesitada. En qué medida ha de desbordarlas, he aquí el punto capital y la razón de ser o no ser de la obra de arte. En todo caso es admisible en la novela una mayor dosis de materia humana, en desmedro de un máximo de dramaticidad y de argumento, condiciones que en muchas obras notables de nuestro tiempo—Joice, Proust,—han sido substituídas por sutiles gamas de sensibilidad, en torno a elementos literarios exteriormente simples. Si en Joice la materia humana es limitada cuanto a número de tipos en relación con su calidad subjetiva, en otros el material humano alcanza una densidad racial que, sin esfuerzo, puede lindar con el concepto numérico de humanidad.

Tal, en la obra de David Herbert Lawrence, el extraordinario novelista inglés, muerto a principios de 1930, cuando sus libros aun no alcanzaban la fama de que hoy disfrutan.

El análisis íntimo de la obra lawrenciana en conjunto, nos destaca la importancia que el escritor atribuye a determinadas fuerzas elementales y a señalados fenómenos subconscientes. La épica estructura de la obra está al servicio de la tesis que da al instinto, a las fuerzas eternas y soberanas del instinto,

particularmente del instinto sexual, la "libido" de Freud, el primer plano y la primera importancia en el desarrollo de la actual civilización. Hasta dónde llega esta primacía de la idea, que alguien generalizó con el nombre de teoría lawrenciana, en las diversas novelas del escritor? Para muchos críticos la literatura de Lawrence se resiente, primero que todo, de esta primacía ideológica, que daría margen a una insuficiencia lastimosa de factura, hasta desaparecer de la obra la simetría elemental.

Veamos hasta dónde es aceptable esta censura.

Efectivamente, la idea constituye la vida misma de la obra de Lawrence. Revisando su novela más representativa, "*Le serpent a plumes*", comprendemos por qué las masas lectoras no han recibido aún el riego del pensamiento de tan excelso psicólogo. Al revés de lo que sucede con la novela soviética, destinada a penetrar la masa lectora para iluminarla, la novela lawrenciana es obra de "élite", por sus formas densas y su acción negligente. Paralelamente a una trama inmediata, de ritmo lentísimo, se advierte la pulsación profunda de la vida primitiva, que es la vida misma del libro. México, pueblo estagnado, roído por la indolencia, no ha encontrado un hombre clarividente que lo alce hacia un destino mejor. Ramón, surge en el libro, como el enviado de las fuerzas ancestrales: proclama la necesidad de que los mexicanos vuelvan a sus viejos dioses; en su culto encontrarán la fuerza necesaria para vencer el sueño que los agobia. El cristianismo en su sentido actual no llega al alma del nativo; es una religión inexpresiva, toda espíritu y represión. El indio entiende mejor a Quetzalcoatl, el símbolo de las fuerzas universales que apasionan al hombre. Ramón se presenta a los indígenas como el enviado de Quetzalcoatl y les anuncia su presencia temible: "Yo soy Quetzalcoatl, el que humedece vuestros labios reseco. Soy el viento que sale en torbellinos del centro de la tierra y el céfiro que enlaza vuestros pies, vuestras piernas y vuestras caderas, como las serpientes. Cuando la serpiente de vuestra humanidad levanta la cabeza, estad en guardia: soy yo, Quetzalcoatl, quien os levanta más allá del día, hasta el sol de las tinieblas, vuestra morada final". Ramón quiere conducir a su pueblo hacia la armonía del instinto y del espíritu. Quetzalcoatl es el camino y el símbolo de la perfección humana en un próximo mañana". Junto al dios azteca, que representa las fuerzas de la naturaleza y las luces del espíritu en perfecto equilibrio, destaca la figura cálida de Huitzilopochtli,

imagen del misterio fálico, encarnada en el general nativo Cipriano. . . . Misterio fálico, vale decir la profundidad íntima, total, del placer, hecho alma y materia, en oposición al espasmo carnal logrado de ordinario.

Ramón, Cipriano, enviados del viejo culto indígena, restituyen la armonía de la vida nativa. Kate, una mujer irlandesa, de paso en México, en contacto con ellos, representa en su triste realidad errabunda, el espíritu altanero y frío de una cultura extraña. He aquí, pues, destacadas por Lawrence las dos fuerzas en lucha. Kate, abandonada a sí misma, en este océano de fuerzas ancestrales, que es México, se defiende, primero con su desprecio, luego con su dialéctica cordial, de las incitaciones terribles que arden en la volcánica atmósfera mexicana. Termina por ceder y aceptar el culto de los viejos dioses. Al entregarse a Cipriano, comprende que hasta entonces no había sentido el deleite subterráneo y arrobador que le prodiga la naturaleza del general. Se realizaba en su ser la armonía del cuerpo y el espíritu. Tal es la fórmula de la ideología lawrenciana, que en "*Le serpent a plumes*" vibra con especial nitidez y esplendor. Esta fórmula, que Lawrence repite sin descanso a lo largo de su vida, no podría traducirse por un intento de ciego paganismo, sino por una expresión empírica del genio, destinada a crear un mundo en que los hombres puedan respirar la alegría consciente y alcanzar la relativa felicidad que todo hombre reclama para esta etapa, pomposamente llamada humanismo. Dice Lawrence: "El resultado viviente será un germen nuevo, una nueva concepción de la vida la que surgirá de esta fusión entre la antigua conciencia instintiva de la sangre y la conciencia intelectual y espiritual que poseen hoy día los blancos". "El espíritu guarda un antiguo temor, demasiado cobarde, frente al cuerpo y a sus posibilidades. En este sentido es al espíritu al que es preciso libertar y civilizar. El terror que el espíritu siente delante del cuerpo ha vuelto locos a muchos mortales".

En su novela "*St Mawr*" (1), así como en esa preciosa narración corta titulada "*Princesa*" (2), vibra con acentos de tragedia la fórmula lawrenciana. Mientras sean resistidos los mandatos del instinto, existirá el divorcio dentro de cada ser, y asimismo entre los seres humanos y los animales. Obedecer al instinto, para atraerlo a nuestra existencia, es aquilatar su

(1) Editada por «Cultura» con el rótulo de «La mujer y la bestia».

(2) Editada por Biblioteca «Zig-Zag».

valor fundamental. Es el espíritu el que debe rendirse primero, arriar su altivez para sellar esta armonía, hasta ahora imposible, sobre el mundo. Porque si no cede el espíritu, el instinto no lo hará, aunque la apariencia pueda engañarnos. Lo prueba la existencia potencial del padrillo St. Mawr en la obra del mismo nombre, acierto sorprendente, no sólo por la original concepción del tema, sino por la impresionante vitalidad del héroe. La lectura de este libro nos lleva hasta esas epopeyas de animales que inmortalizaron a London. Además está decir que el creador de "*Colmillo Blanco*" y "*El llamado de la selva*" no entregó su obra al servicio de una teoría filosófica a la manera de un Lawrence o de un Pirandello.

Empero, el vigoroso relieve de sus héroes animales, que los impone frente al tipo humano, en cuya alma despiertan el eco inmortal las fuerzas ancestrales, que no son patrimonio exclusivo de la bestia diferenciada, permite afirmar que tanto London, frente a la naturaleza desatada donde sólo alumbraba el milagro del instinto animal hermano del instinto del hombre, como Lawrence ante las manifestaciones del instinto reprimido y del instinto combatido, han sabido entregar en la creación literaria, una zona inexplorada hasta entonces en el *subsuelo*, que como ya lo dijo Freud, es donde se esconde el secreto de la vida psíquica.

Si London ha puesto en el plano del arte literario, mediante la simple intuición, toda la gama del instinto y su llamado eterno e implacable, como la condición primera de la vida del hombre y de la bestia, Lawrence, no contento con los hallazgos de la propia intuición ha buscado las raíces mismas de la vida, la gestación de los fenómenos derivados del instinto, y ha obtenido así su fórmula, que lo ha hecho famoso, no sólo en el mundo literario, sino en el campo de la clínica psicoanalítica. "El instinto y el espíritu marchan hoy en trágico divorcio. Es necesario encontrar su relación armoniosa para que la vida sea posible, y en beneficio de una nueva humanidad"... En "*St Mawr*", el instinto está representado, primero y en prepotencia, por el padrillo; luego por dos sirvientes de diversa nacionalidad, Lewis, el "groom" inglés, y Fénix, el criado mexicano; finalmente, por el paisaje libre y salvaje, que en la literatura de Lawrence juega un papel de intensa sugestión. La civilización, la inteligencia especulativa, el espíritu, son patrimonio de la señora Witt, su

hija Lou y Rico, marido de ésta, pintor de prestigio. La tragedia apunta el día que Lou, decide comprar a St. Mawr para solaz de su marido. La vitalidad demoníaca que la naturaleza acumuló en el potro, pone en la existencia de aquella familia su magnetismo turbador. Lou, es quien primero experimenta el fenómeno gozoso y terrible de la simple presencia del animal. Los brillantes y febriles ojos de la bestia remueven las fuentes del instinto eterno, hasta despertar en Lou la atracción sensual. Parecido fenómeno experimenta su madre, mujer aun joven y de carácter duro. La crisis se produce el día que St. Mawr derriba a Rico, y desfigura de una cox a cierto "dandy", amigo de la casa. Las mujeres defienden a St. Mawr y no trepidan en llevárselo a América, junto con los dos criados, por quienes sienten una inclinación muy semejante a la manifestada por el padrillo. Las dos mujeres se dan cuenta de que es necesario comprender a las bestias y a aquellos hombres que poseen, por sobre todo, el instinto soberano. Tales hombres, y animales como St. Mawr, no dejan de ser inteligentes, poseen la inteligencia del instinto claro y armonioso. Es preciso realizar la existencia sobre una armonía semejante.

Hemos aludido a Freud, en el curso de estas notas. Mientras Lawrence, escribía algunas de sus novelas capitales, donde su famosa teoría lograba soberbia e inquietante demostración, Freud encaminaba sus trabajos de psicología morbosa, hasta imponer al criterio de la ciencia sus descubrimientos sobre el subconsciente, condensados en la "teoría de la libido" o del instinto sexual. Su técnica psicoanalítica, cuando discutida, cuando aplaudida, lograba demostrar la seguridad de la curación de la neurosis, mediante la extirpación de ciertas adherencia psíquicas, de carácter sexual, retenidas en el alma desde buen tiempo. Lawrence rendía al arte un servicio impagable, paralelamente a la ciencia freudiana, cuyos hallazgos, sin duda, ignoraba. Acaso sea necesario señalar a modo de ejemplo, los aportes fundamentales de Freud al conocimiento de la vida psíquica. Existencia del instinto sexual, o libido, semejante en su imperio e importancia, al instinto de nutrición (Freud: "Una teoría sexual y otros ensayos"). La represión del instinto sexual o libido se acompaña con el tiempo, de una serie de fenómenos conocidos con los nombres de histeria, neurosis obsesiva, la falsamente denominada "neurastenia", la demencia precoz y la paranoia. "Estas psiconeurosis

reposan, por lo que de mi experiencia clínica he podido concluir, sobre fuerzas instintivas de carácter sexual. No quiero decir con esto que la energía del instinto sexual proporcione una ayuda a las fuerzas que mantienen los síntomas. Mi afirmación se refiere únicamente a que esta participación es la única constante y constituye la fuente energética más importante de la neurosis, de manera que la vida sexual de estas personas se exterioriza exclusiva, predominante o parcialmente en estos síntomas, los cuales no son sino la expresión de la vida sexual de los enfermos". (Freud, obra citada). "El análisis psicológico, en el caso de la histeria, establece la existencia del par contradictorio formado por una necesidad sexual superior y una exagerada repulsa de todo lo sexual". (Freud, obra citada). "Una cierta parte de los impulsos libidinosos reprimidos tiene derecho a una satisfacción directa, y debe hallarla en la vida. Nuestras aspiraciones *civilizadas* hacen demasiado difícil la existencia a la mayoría de las organizaciones humanas, coadyuvando así al apartamiento de la realidad y a la formación de la neurosis sin conseguir un aumento de la civilización por esta exagerada represión sexual". (Freud, obra citada).

La obra lawrenciana lo repetimos, destinada en su totalidad a levantar sobre este angustioso complejo de una civilización pretenciosa y artificial, la majestad del instinto, la realidad del instinto, como primera condición de la armonía humana.

Cuanto a las formas literarias, cada novela de Lawrence, es un llamado a la conciencia literaria contemporánea, que deberá imponer la naturaleza del genio y de la vida, a los dictados de la preceptiva. El mundo actual está harto de formas; falta el caudal prepotente, que haga de la belleza algo más que un espectáculo.

Las nuevas formas deben responder a nueva combustión interior; lo demás es hojarasca, preciosismo, orfebrería, cotizable en ciertos mercados. El genio de Lawrence irrumpe en el momento en que la civilización, cogida en sus propios engranajes, hace crisis, a fuerza de rigidez formal, frente a las sacudidas y a las modificaciones naturales de la humanidad. De ahí la libertad de composición de sus libros, que cierta crítica tilda de negligencia. Nadie, sin pecar de hermetismo, podría dejar de desentenderse de la monótona disposición de su obra y de su desprecio por el recurso efectista.

Lawrence, en cambio, nos entrega, al ponernos en contacto íntimo con la idea universal de su obra, la misteriosa seducción de sus personajes, fundidos en el rojo metal del mundo

primitivo, la espléndida y fuerte belleza del paisaje y la densa luminosidad del diálogo, que nos guía sin grandes tropiezos, hasta los abismos de nuestra naturaleza. En este aspecto, el agudo espíritu de Lawrence presta nueva fuerza persuasiva a su obra, al ponerse, con plena clarividencia, al servicio del instinto, que, como el autor lo repite hasta la angustia, debe ser escuchado, en su grandeza y en su miseria.—L A U T A R O Y A N K A S.

LAS TIRANIAS SEGUN SARMIENTO

YA no quedan ni un recuerdo vivo ni un papel inédito que sirva para mantener el aire de este oasis espiritual que significó Chile en la época de la tiranía de Rosas.

El año 1921 estuvo en Quillota don Ricardo Rojas sólo para confirmar que esa ciudad de leyenda, donde Alberdi escribiera sus formidables epístolas contra Sarmiento, existía.

Llegó al pueblo, evocándolo a través de unas impresiones, henchidas de substancia chilena, que publicara Sarmiento en «El Mercurio» de Valparaíso el año 1842, fingiéndose turista norteamericano.

La aldea verdegueante mucho había cambiado, pero no de su alma de vieja villa hispana. Algo le recordaba de Jujuy, del antiguo Tucuman; eran esas manzanas cuadrangulares, esas casas bajas con aleros de tejas, esos patios de helechos y jazmines embriagadores, y sobre todo el ámbito silencioso, la quietud que aspiró allí el proscrito Alberdi después de la caída de Rosas y su sistema.

Don Ricardo había tomado un tren local de Valparaíso, solo, sin cicerones, en busca de impresiones para un libro de viajes sobre «gentes y paisajes de Chile» y de algún testigo viviente; acaso la suerte le iba a deparar la casa donde el doctor don Juan Bautista Alberdi habitara en 1853, y escrito aquellas célebres cartas llamadas LAS QUILLOTANAS por los argentinos.

Un tal don Eleuterio que le salió al paso, «personaje cuellorcorto y obeso, de tez amarillenta, de párpados rojizos y pelados, de hablar pastoso y tartamudo», contestó a su requerimiento:

—¿Valverde, me dize? Como nó. Si los hei conocido. Vivían aquí a la güelta. Los Valverde han sío todos de este pueblo.

—No, señor. Valverde, no... Al-ber-di, don Juan Bautista Alberdi, un doctor argentino.

—¿Argentino? Entonces ha de ser don Cesáreo Gardel. Zi,